

pañeros de Grijalba, eran fascinadoras. Allí el oro debía de correr á raudales.

Y acaeció entonces que yendo á misa un domingo Diego de Velázquez, y á su derecha Cortés, un truhán, llamado Cervantes el loco, probablemente asalariado por los Suárez, se encaró con el Gobernador y le gritó:

—Diego, Diego: ¿qué Capitán has elegido?, que es de Medellín, de Extremadura, Capitán de gran ventura, mas temo no se te alce con el Armada, ¡que es gran varón en sus cosas!

Y, sin duda, oyó aquella misa algo caviloso el gobernador Diego de Velázquez.



II

PRESAGIOS

Grijalba había tocado en Yucatán y continuado hasta Tampico. Por la semejanza de los edificios con los de España, *Nueva España* nombró luego Cortés á aquel país y al dilatado Imperio de que formaba parte, constituido por la federación de tres reinos: el azteca, cuya capital, Tenochtitlán, se asentaba sobre lagunas; el de Tlacopán ó Tacuba, y el Tezcucano.

El más delicioso clima, con lluvias fecundadoras y periódicas, y el trabajo de los naturales, tan batalladores como agricul-

tores, hacían de este poderoso Imperio, en algunas regiones, fértil vega y jardín. La multitud de indios que lo poblaba no era una raza sola. Mucho se ha discutido para averiguar de dónde procedieron, en un principio, tales razas, y en general el *hombre americano*; y aun cuando por semejanzas físicas se ha creído que en tiempos remotos pudo la gente de América venir del Asia, no ha llegado á probarse, ni está científicamente resuelto, ninguno de los problemas que con éste se relacionan.

Según queda dicho, en México, al acercarse á sus costas los españoles, existían diversas razas, unas muy inteligentes y de gentil disposición corporal, otras más rudas y atrasadas, pero todas extremadamente animosas y avezadas al juego guerrero. Como que el eje de aquel Imperio era la guerra por la guerra, no para conquistar nuevos territorios, que no necesitaban, sino para sostener el poderío de la federación y hacer prisioneros, que destinaban á ser sacrificados en los altares.

También se ha debatido si existía en México una civilización propiamente dicha cuando se aprestaba á llegar Hernán Cortés. A mi juicio, no cabe negar que tal civilización existiese. La humanidad, hasta cuando andaba errante y descansaba en las cuevas y paraderos prehistóricos, tuvo un género de civilización, rudimentaria, pero reveladora de la inteligencia y las aptitudes de nuestra especie, que es imposible confundir nunca, en estado alguno, con las especies animales. En cuanto á la civilización americana anterior al Descubrimiento y la Conquista, cerraríamos los ojos á la evidencia si la desconociésemos. Es cierto que ignoraban el uso del hierro aquellos indios; pero eran agricultores, no salvajes nómadas; trabajaban primorosamente la plata, el oro, el cobre, el estaño y hasta las piedras preciosas; escribían pintando, poseían una arquitectura y una cerámica notabilísimas, y sus labores en pluma y algodón no las hemos sabido imitar los europeos.

Siendo tan claras las muestras de esta civilización (original, á pesar de ciertas afinidades con otras antiguas del Viejo Continente), sospecho por qué hay quien la niega. Y es que mucha gente no concibe sino lo que se aviene con sus ideas morales y sociales, en vez de admirar que la humanidad ha sido muy varia y diversa, y en el fondo lo es aún, á pesar de ir pasando sobre ella el nivel moderno, que todo lo quiere á raso. Por esta estrechez de pensamiento, encuentra el historiador Prescott *interesante* á Quetzalcoal, que es un dios á nuestro modo, y no le interesa Huchilobos, que es un dios esencialmente azteca.

A los que miden todo con su bastón, la rica civilización mexicana les parecerá barbarie. Voy á referir su formación, fruto de la fe religiosa; y leyenda del hombre (seguramente un grande hombre) que la fundó, explicará tal vez algo de sus oscuros orígenes.

Entre las razas que sucesivamente po-

blaron el suelo mexicano, la de los aztecas logró la supremacía política. Es, sin embargo, la última que llegó á pisarlo. Vino no se sabe ciertamente de dónde; en emigración forzosa, tal vez perseguida; y las crónicas rezan que traían consigo un ídolo, *Huitzilopoztli*, á quien (deseando evitar aquí nombres difíciles) nombraré á la española, como le llamaron los de Cortés: Huchilobos. Merece la pena de parar la atención en este personaje, cuyo espíritu un día se alzó ante Cortés, y por poco malogra la Conquista.

Según presunciones fundadas y documentos nuevos, no era un ídolo, sino un Jefe, una especie de Mahoma, quien capitaneaba las tribus emigrantes. Acaso las dos cosas serán verdad, y el ídolo lo traía el Jefe, como numen protector de la empresa. Cuéntase que el ídolo, desde un arca de junco, dirigía la expedición con sus oráculos.

Avanzaron así los aztecas, buscando, como todos los pueblos al emigrar, sitio

favorable donde establecerse, y esperando que lo señalase el Jefe ó el ídolo; y después de vicisitudes que la tradición archiva, ocurrió un episodio de incalculable trascendencia; y fué que, habiéndose sublevado contra Huchilobos su sobrino Copil, el primero mandó á los sacerdotes que le arrancasen á Copil el corazón y se lo trajesen. Funda este caso la terrible religión del sumo Dios de México. El corazón palpitante del rebelde fué por orden de Huchilobos, lanzado con fuerza á sus pies, y en el lugar donde cayó, cuéntase que nació el tunal ó nopal, que señala el punto en que había de alzarse la ciudad de México.

Todas las tradiciones primitivas se derivan de algo y algo expresan; y, á veces, expresan cosas muy profundas. La leyenda del corazón de Copil, del cual nace un nopal, en que se asienta un águila—asunto que representan las armas de México—, está llena de sentido. El águila fiera, destructora de las otras aves, es el pueblo azteca, vencedor y despojador de los res-

tantes que ocupaban aquella comarca; y el corazón sangriento, que cebó con su substancia las raíces del nopal, el símbolo de la supremacía de aquel Imperio. El rito del corazón arrancado constituye el lazo de unión de las tribus, sumándolas en una fe: la del Dios que se mantiene de corazones humeantes, sacados por los pechos, y necesita el riego de la sangre, y por el cruento culto sostiene el desnudo y combatividad de los méxicas, trinfadores de tantos pueblos establecidos antes que ellos en el mismo territorio. Ya veremos cómo los españoles, á su vez, tropezaron en el sangriento corazón de Copil.

No era Huchilobos, con ser el dios mayor, el único de aquel país. Además del negro Tezcalipoca y del Dios ó Diosa de las aguas, Tlaloc—como los hebreos, los mexicanos tuvieron su Mesías—; y la venida de ese Mesías, que parece la antítesis de Huchilobos, se afirmaba que anunciaría la destrucción y ruina del Imperio. Dijérase escrita para México la profética frase

de Jeremías: "Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y anti-gua; una nación cuya lengua no entenderéis. Talará vuestras mieses y devorará vuestros hijos é hijas."

El Mexías prometido á los méxicas llamábase Quetzalcoal. Era, según las tradiciones y los antiguos cantos, un hombre blanco y barbudo—los aztecas son aceitu-nados y no tienen barba—que, habiendo recorrido aquellas tierras enseñando la agricultura y haciendo bien, desaparece de pronto, embarcándose para un país desco-nocido, en un esquife encantado, cual otro Lohengrin. Pero, antes de desaparecer, declara que volverá, con su posteridad, á adueñarse del Imperio. Cualquiera que sea el origen de tan extraña creencia, no cabe duda que estaba extendidísima, y quedan de ella numerosos testimonios, y asimismo de los presagios y augurios que, sembrando en el ánimo de los pueblos el terror, prepararon en parte el buen resultado de la increíble empresa de Cortés.

Ya desde algunos años antes supusieron los mexicanos que era llegado el momen-to del regreso de Quetzalcoal, el benéfico dios. Raros acontecimientos parecían se-ñales del cielo, aviso á los humanos. Por un lado, la esperanza estremecía los espí-ritus; por otro, se temía algo indefinible, pero que amagaba catástrofe y ruina.

Fundado por la violencia y por una re-ligión implacable el imperio del Anahuac (le llamaremos Imperio, aunque hoy se propende á creer que fuese federación de tribus, y el Emperador, como Huchilobos, un *Jefe de hombres*), tenía que recelar siempre y sentirse aislado, por ser el ori-gen de su poderío el mismo que fué des-pués el del nuestro: la Conquista.—A este aislamiento de los Monarcas ó Jefes de hombres aztecas obedeció la idea federa-tiva, en que dieron alta lección política á los siglos venideros. Los primeros Empe-radores de México habían sido, en general, caudillos victoriosos. Sofocaron las rebeliones de los pueblos sometidos, al

mismo tiempo que, desarrollando el culto y adoración de Huchilobos, preparándole un templo monumental y organizando en escala enorme los sacrificios humanos y los desollamientos (con caracteres de solemnísima fiesta y ceremonia, bailes, cánticos, luchas y derroche de flores y perfumes), iban consolidando la especial manera de ser de un pueblo que mediante la crueldad y los sombríos ritos había de sostenerse. Puede decirse que los aztecas nunca se creyeron enteramente seguros. El estado de guerra era constante, especialmente con la belicosa república de Tlascala, que tanto papel ha de jugar en la Conquista, como fiel aliada de los españoles. Y no siempre se mostraba la suerte de las armas favorable á los méxicas, que sufrieron más de una rota, por ejemplo la del valle de Atlisco, bien reciente al acercarse Cortés.

Por eso no se puede tratar desdeñosamente de fábula á la impresión que achicó el ánimo de los aztecas, bajo el influjo de

los agüeros. Cabe negar que los sucesos considerados como agüeros fuesen cosa sobrenatural, pero no la realidad de muchos, y menos el efecto que en los mexicanos produjesen, por razones bien comprensibles.

Téngase en cuenta que las ideas religiosas de aquel pueblo, y hasta su frondosa mitología, se enlazaban con la magia negra y los sortilegios; y además, que en el mismo antiguo Continente todos los pueblos han solido creer en avisos del cielo, oráculos, sueños y brujerías.

Cuando hablemos del carácter del Emperador Moctezuma, que reinaba en México al llegar Cortés, se comprenderá mejor el efecto que le produjeron los casos prodigiosos que le referían. Estos tristes presagios venían sucediéndose antes de la expedición de Juan de Grijalba, de la cual tuvo Moctezuma pronta noticia, y aun de la de Hernández de Córdoba, primero que tocó en Yucatán. Flamígero cometa iluminó siniestramente las noches; otro, en

pleno día, corrió por el cielo, figurando una serpiente de tres cabezas; la laguna de México hirvió y se desbordó; el volcán menudeó convulsiones; un *teocalli* ó templo ardió solo; viejos y viejas, sacerdotes y agoreros, soñaron sueños pavorosos y los revelaron á Moctezuma (quien les hizo encarcelar y les dió castigos inmerecidos, pues él mismo les había interrogado); aparecieron monstruos espantables y pajaracos fúnebres; y, por último—según se dijo, en tiempos del rey D. Rodrigo, que en una cueva de Toledo se vió la ruina de España, la entrada de los moros, pintada en lienzos de hórridas figuras—, se contó que en la cabeza de cierto pájaro singular había un espejo donde reflejaba, macilento, el sol, y allí pudo ver Moctezuma avanzar el puñado de barbudos que venían de Oriente. Hasta un labrador (cosa difícil de creer, dada la adoración de fanatismo que á los Emperadores se tributaba) se atrevió á decir á Moctezuma que el águila divina, numen de México, se le había apa-

recido y mandado hiciese al Emperador, con un pebete, una quemadura en un muslo, para que despertase de su letargo y de su vida de placeres, y se aprestase á rechazar á los invasores. Y añade la leyenda que, en efecto, sintió Moctezuma en el muslo el dolor de la quemadura.